

EN PUNTO

moderados y no parece que spongan un cambio de política. Los movimientos alemanes tratan también de evitar que el anuncio hecho por los Estados Unidos de reducir sus efectivos en Alemania a disposición del SHAPE (Supreme Headquarters Allied Powers Europe, o gran cuarte general de las potencias aliadas en Europa) se lleve adelante. Las tropas americanas son 225.000. Washington quiere dejarlas en 190.000, como un primer paso. La reunión de la OTAN se celebrará en su sede de Evere, en los alrededores de Bruselas, donde se trasladó desde que Francia decidió su retirada de la OTAN. El SHAPE está también instalado en Bélgica, en Casteau, a unos treinta kilómetros al Sur de Bruselas. En el seno de los países de la Alianza Atlán-

tica, existen numerosas divisiones a propósito de la conveniencia del refuerzo militar que haría abandonar durante mucho tiempo una de las tendencias que se han mostrado más fuertes en las últimas reuniones, la de encontrar la posibilidad de puntos de acuerdo entre el Este y el Oeste. El Gobierno canadiense, por ejemplo, ha hecho saber que la posición de Estados Unidos al advertir a la URSS de que cualquier intento de intervención en Alemania provocaría una «respuesta inmediata» no concierne a su gobierno, y que «los Estados Unidos son un país soberano que puede actuar como crea conveniente, pero que los miembros de la OTAN sólo pueden actuar en un sentido que esté determinado por el conjunto de la organización».

que esa proporción se mantiene hasta la fecha de las elecciones. George Wallace no ignora esta posición de inferioridad. Su propósito esencial no es el de ganar estas elecciones, sino el de romper el sistema de los dos partidos, y el de ir tomando ya lugar para las elecciones de 1972, sobre la base de que republicanos y demócratas han llegado a ser semejantes en sus programas y en sus propósitos, y los conservadores no tienen partido real frente a los intentos «socialistas» de cambiar la fisonomía del país. La misma

sensación de falta de representatividad existe en la izquierda, y por ello el tercer Kennedy, el senador Edward Kennedy, que suponía una esperanza para 1972, ha sido fuertemente abucheado cuando defendió, en público, la candidatura de Humphrey, que fue el peor enemigo de su hermano Robert. La intención de Edward Kennedy es la de tratar de sostener al partido demócrata en un momento de debilidad y ayudar a Humphrey a ganar la presidencia que parece gravemente comprometida en estos momentos.

AMERICA ELECTORAL Aparece Wallace

Nada se opone en los Estados Unidos a que un tercer partido, o un cuarto, o un número ilimitado de partidos presenten candidatos a la presidencia de la nación, al Senado, o al Congreso. Nada legal, pero si una vieja costumbre de bipartidismo anclada en las más profundas tradiciones y una maquinaria, un sistema, que parece hasta ahora inmovible. La izquierda ha querido realizar ese tercer partido y acumularse en torno a McCarthy. No lo ha conseguido, ni el senador lo ha autorizado. La extrema derecha, en cambio, ha creado ese tercer partido en torno a Wallace, que fue famoso como gobernador de Alabama,

durante los disturbios raciales y por su actitud de ferocidad contra los negros. Más tarde, cuando presentó a su mujer a las elecciones, puesto que la legislación del Estado le impedía a él presentarse una vez más, las ganó y fue gobernador consorte hasta la reciente muerte de su esposa. El partido derechista de Wallace ha celebrado su convención, como los republicanos y los demócratas, y ha elegido a Wallace candidato. Sus posibilidades son nulas. El último sondeo de opinión le concede un diecinueve por ciento de los votos que, por pertenecer a la extrema derecha, perjudicará a Nixon más que a Humphrey, si es



A LA SALIDA DE LA CASA BLANCA, CON EL PRESIDENTE

SUCEDIO EN MAYO

M. Z. posee en la región parisina una «pequeña empresa». La fundó poco después de la guerra y no ha dejado de dirigirla personalmente. Bastante democrático, y con inclinaciones izquierdistas, M. Z. paga a sus obreros por encima del baremo fijado por los convenios colectivos. Empezó sin nada, sin capital. Si se le dice que es un capitalista, un explotador, se enfada: es un hombre que trabaja y que gana dinero con su trabajo. Esto es, por lo menos, lo que pensaba M. Z. en mayo, cuando la Insurrección estudiantil, que siguió con simpatía, se convirtió en una huelga generalizada. Esta huelga apenas inquietó a M. Z. Sus obreros, pensaba, no tenían nada de qué quejarse, su empresa no era como las demás...

En efecto, la huelga no le afectó en absoluto. Hasta la mañana del 27 de mayo, cuando se anunciaron los protocolos de Grenelle, nada ni nadie se había movido en la empresa Z. Pero a las ocho de la mañana de ese 27 de mayo, un hombre, casi desconocido hasta el momento, se puso a arengar a los obreros. El hombre, chófer de uno de los camiones de la empresa, dijo: «Se acabó el poder de los patronos. Empieza una nueva era. El poder es de los obreros. He aquí lo que vamos a hacer. Al patrón lo ponemos en la calle. La fábrica la hacemos funcionar nosotros. Vamos a repartirnos los beneficios. Para empezar, doblamos nuestros salarios. Ni un salario inferior a los 2.500 francos. Los beneficios que queden los ingresaremos en una caja de empresa, que comprará cada año un apartamento para uno de nosotros, pagará también las vacaciones de nuestros crios y, ¿por qué no?, becas para los que son aptos para el estudio, en espera de que el gobierno se ocupe de ello. Esto, camaradas, es lo que yo propongo. ¿Hay alguien que esté en contra?». El chófer fue aclamado. Setenta y ocho de los noventa trabajadores solicitaron un carnet sindical. Se decidió unánimemente la afiliación a la C. G. T. Hasta entonces no había ni un solo sindicato en la empresa. Ni siquiera el chófer, que se había revelado de pronto como dirigente sindical y al que habían seguido por ser el más proletario de todos, el que, instintivamente, sabía formular una postura de clase.

M. Z., avisado por teléfono, no fue al trabajo el 27 de mayo. El chófer habló con el jefe de fabricación y le pidió que garantizara el funcionamiento de la empresa en régimen de autogestión. Espantado, éste se negó en redondo. «Nos arreglaremos sin usted», dijo el chófer. Al día siguiente, 28 de mayo, M. Z. fue temprano al trabajo. Pero apenas llegó entró en su despacho una pequeña delegación, conducida por el chófer, a pedirle que se largara. M. Z. quiso discutir. Fue sacado de su sillón, empujado, y puesto a la puerta de la empresa, que fue «ocupada» mientras se ponía en estudio su nueva puesta en funcionamiento.

El 30 de mayo De Gaulle pronunció su discurso. Al día siguiente las negociaciones parciales entre sindicatos y cámara patronal desembocaron en un nuevo acuerdo sobre los salarios. Con arreglo a este acuerdo, sólo cuatro asalariados de M. Z. tenían derecho a aumento. Los demás ya estaban pagados por encima del baremo, Estupor general. El 31 de mayo, el chófer convertido en delegado del sindicato C. G. T. de la empresa, fue interpelado por los trabajadores durante una reunión. Se le pidieron cuentas: ¿Dónde estaban los 2.500 francos? ¿Dónde estaba el poder de los trabajadores? ¿Quién iba a hacer funcionar la fábrica? El delegado protesta, se embrolla, es interrumpido, silbado, y una delegación se va a buscar al jefe de fabri-

cación para pedirle que haga volver al patrón. M. Z. se hace rogar. Espera al lunes 3 de junio para volver, con la cabeza alta, a su empresa. Keane al personal y declara: «Vuestro chófer sindicalista os ha tomado el pelo. Si teniais quejas, reivindicaciones, debiais haber venido a verme y nos habriamos arreglado. Habéis preferido actuar de otro modo. Tenéis derecho a sindicatos y a tratar conmigo a través del delegado sindical. Pero en ese caso yo tengo derecho a no concederos más que lo que la ley me obliga a daros. Ahora bien, si os decidis a abandonar este terreno del derecho, si aceptáis tener conmigo, como en el pasado, relaciones normales de hombre a hombre, yo también abandonaré el terreno de las obligaciones legales. Ahora volved a vuestro trabajo. Ya llevamos bastante retraso. Si os esforzáis, dentro de unas semanas o de unos meses, en todo caso antes de fin de año, continuaremos esta discusión. Entonces veré si es posible concederos aumentos de salarios más elevados que los señalados por los acuerdos de sector. Hoy sólo os diré lo siguiente: si debo hacer un esfuerzo suplementario lo haré por vosotros, porque os conozco y me conocéis. No haré el menor esfuerzo por un sindicato al que no conozco de nada».

Unos días después un grupo de obreros hizo saber a la C. G. T. que no querían ya al chófer como delegado sindical, quien, por otra parte, era objeto de medidas vejatorias de parte de M. Z. Al fin, el chófer presentó «espontáneamente» su dimisión, tanto del puesto de delegado sindical como de su empleo en la casa Z. Hubo que elegir un nuevo secretario sindical. Apenas una veintena de asalariados tomaron parte en la votación. Esta es la situación de la empresa Z.

Existen muchas historias del mismo tipo, y muchas muy diferentes. La que acabo de contar es significativa por su propia ambigüedad. Cada uno extraerá sus propias conclusiones según su tendencia y sus convicciones. Por ejemplo, sobre las calidades humanas y de jefe de M. Z. O sobre el primitivismo del jefe-delegado. O sobre la dificultad de aceptar una sección sindical de empresa, o incluso de organizar la «participación» del personal. O sobre la dificultad de crear una sección sindical de empresa y de impedir la penalización y después la evicción de su secretario. También pueden obtenerse de esta historia lecciones sobre la naturaleza de la desigualdad social y de las barreras de clase. Sobre el tipo de preparación y de formación que supone un poder obrero, o incluso una gestión obrera. Sobre las transformaciones que una situación excepcional puede provocar bruscamente en la actitud y la conciencia de los trabajadores relativamente favorecidos. Sobre la dificultad de conservar algo de estas transformaciones después del regreso a la «normalidad»...

Un último detalle: M. Z. no tiene dificultades financieras. Su beneficio líquido se eleva a unos 200.000 francos (tres millones de pesetas) anuales. El reparto de este beneficio entre 90 asalariados dejaría a cada uno un suplemento mensual de 193,33 francos, suplemento que, evidentemente, no permitiría doblar los salarios y fijar el mínimo en 2.500 francos. ¿Qué hace M. Z. con «sus» 200.000 francos? Tiene un gran piso, una casa de campo, un coche de cilindrada media, un hijo en la Universidad, una hija casada a quien ha regalado un piso. ¿Sus inversiones? Bastante débiles. Podría renovar sus máquinas ya amortizadas, ampliar, producir más. Pero, ¿para qué va a hacerlo? Su empresa va bien tal como está. 200.000 francos al año no es ninguna tontería. ■ M. B.